

Me hubiera gustado

Fernando Espejo

ME HUBIERA GUSTADO poder mostrarle algunos de mis versos a mi padre. Me hubiera gustado ver si ponía cara de asombro: “se va a morir de azúcar tu cintura como la flor que sueñan las abejas...” ¿qué tal eso, papá? Él me acercó a poetas que lo habían asombrado a él, me acercó sus libros: toma aquí tienes a Bécquer “del salón en el ángulo oscuro...” mira éste es Núñez de Arce, léete esas décimas, a ver: “Una noche, una de aquellas / noches que alegran la vida... / en que lucen las estrellas / cual lámparas de un altar / y en que convidando a orar / la luna como ostia santa / lentamente se levanta / sobre las olas del mar...”, me decía recitándolo, riéndose, retándome, cucándome. Mi padre murió cuando yo tenía veintiún años. Él trajo al *Diario de Yucatán* un primer soneto mío de dieciocho años que salió publicado en la *Página Literaria* de entonces, y me escrituró una herencia irrenunciable. Aquel domingo, uno como éste, me despertó con un periodicozo en el brazo de la hamaca: “—Despierta, poeta” y ¡cómo no!

Me hubiera gustado que igual, Octavio Paz, con quien estuve trabajando en asuntos de cine alguna vez, no hubiera sido sólo de esos que uno dice: “Yo lo conocí a él pero él no a mí”. Una tarde de viernes —ahora lo veo— al terminar la jornada me preguntó por un libro, que si lo tenía... Nos fuimos él y yo, solos, caminando por unas veinte cuadras —qué oportunidad—, cruzando avenidas y parques infinitos en la colonia Roma mientras me recitaba “Entre la flor y la piedra, sobre el henequén”: “Nada sino la luz. No hay nada, nada, sino la luz contra la luz rabiosa... El agua suena, sueña...” y me hablaba de cuando vino a Yucatán por primera vez... Ahora que llegemos, pensaba, me lo siento en la sala y me le leo... A la hora de abrir la puerta no encontraba las llaves,

adentro se oían voces. Caí en cuenta, mi mujer estaba en Mérida, los muebles estaban cuidadosamente tapados con sabanas blancas, y adentro estaban mis amigos a quienes había olvidado, esperándome para la bohemia, el trago, la vida. Toqué y me abrió el sonido de la guitarra. Discutían de tonos y de cuerdas. —Tin tin, tin tén. —No, que no es así, pásala... es: ton tán, tán ton. —Señores —dije, con voz recia—: el poeta Octavio Paz. —Que no, que es tun tán, tin tén. —Pásala acá... y la guitarra iba de unas manos a otras y el poeta de pie, como una columna: —Digo que ¡el poeta Octavio Paz! —casi grité. No pasaba nada, sino acaso —en la negación total— el ofrecimiento de un —¿Qué te tomas, mi hermanito? El semitono y el sincopado reinaban en aquel vacío dramático: —Gracias, Fernando —y con el libro prestado —y nunca vuelto a ver por mí— se fue el poeta con rumbo a la ignorancia de mis versos...

Me hubiera gustado que Carlos Pellicer, a quien conocí en las mismas alcahueterías del cine, me leyera en voz alta —con aquella voz tan bella que tenía— alguno de sus sonetos dolorosos a Cristo: “¿En dónde estás? / ¿Por dónde está el camino? / No sé que voy a hacer cuando te vea. / Que no sea un encuentro repentino / para que así me luzca la tarea...” En aquella ocasión no se dio. Sólo recuerdo que me regaló el texto de aquellos villancicos hermosísimos que componía —era un diciembre— mientras ponía los ángeles del nacimiento alrededor del Niño. Mucho después hubo una noche en Mérida, en el teatro de la Universidad. Nos tocó a ambos —me tocó— la fortuna de decir poesía. El maestro comenzó por rechazar el micrófono con un gesto dramático y buscar alguna luz que le permitiera leer un largo poema de ritmos muy musicales: “la hoz afilada tan fino / lo mismo segaba

la espiga / que el sol de la tarde...”, su voz caía rodando por el teatro lleno y luego, seguía yo —imagínense—. Ante el micrófono, asumí la fortuna de saberme oído: “¿qué amor es este, mágico elemento / que me enjaula de pájaros el pecho?/ Junto contigo, amor, ¿qué es esto? / y luego, ¿de qué materia, pues, estará hecho?” Al salir del escenario los aplausos interminables de la gente no significaban nada para mí, sino los suyos: detrás del telón, sentado en un andamio de tramoya, metido entre sus rodillas, aplaudía por encima de su cabeza. Un instante suspendido ante el olvido. Apenas levantó la cara de ojillos encendidos: —Gracias, don Carlos —alcancé a decirle al paso... y nada más.

Me hubiera gustado conocer a López Velarde, preguntarle por Fuensanta, y quedarme callado, a Rafael Alberti, y oírlo recitar durante todo el día —como lo hacía— moviendo las nobles manos como director de orquesta y sacudiendo la nieve de sus canas, acercarme al insondable pensamiento, a la infinita tiniebla luminosa de Borges, oír cantar a Lorca sus canciones, mientras tocara el piano, presentarme con Neruda y preguntarle por el Cartero, con Gorostiza por *Muerte sin fin*, y con aquel otro por el Mayor Sabines, y a la primera oportunidad, ante el primer silencio, lentamente, sin parecer entrometido, decirles algo, casi nada: “al patio por los claros corredores / voy de la sombra de la casa a afuera / que aún cuelga en los naranjos y en las flores / la luz amarillenta de mi espera...”

Pero como siempre, que luego vienen otros y te dicen: —No andes contando tantas historias, Fernando, y tan largas.



—No le andes dando vueltas, rueda y rueda, que siempre será lo mismo. Y es cierto, es verdad, a aquel es al único al que verdaderamente le he traído ganas... Me hubiera gustado —más que a ningún otro— tratar de apantallar a mi padre: “Aquí mi padre quiso que yo fuera / como el paisaje en los alrededores / como esta casa y como la primera / conversación que hicimos de señores...” •

Coyoacán, abril de 2006

FERNANDO ESPEJO, poeta y narrador nacido en Yucatán (1929), ha publicado ensayo, narrativa y poesía. Es conferenciante sobre temas lingüísticos y costumbristas de su tierra y ha sido distinguido con las medallas Yucatán (1987) y Eligio Ancona (1993).